

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA REAPERTURA DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO DE MEDELLÍN PARA AMÉRICA LATINA EN DICIEMBRE DE 2018

Shirley Milena Zuluaga

La pregunta que me hice durante dos años largos puede sonar contradictoria: ¿cómo abrir algo que no había estado cerrado?

Por supuesto que en la mañana del 20 de diciembre de 2018, cuando nos reunimos en una ceremonia formal con alcalde e invitados especiales, lo hicimos para reabrir la sede central, un lugar que, en efecto, estaba cerrado. Pero resulta que *La Piloto* es algo mucho más amplio y hondo y potente que el edificio que la aloja. *La Piloto* es un símbolo. *La Piloto* es una idea. Por eso me puedo permitir una frase expresada en forma de paradoja: esta biblioteca estuvo abierta durante todo el tiempo que estuvo cerrada.

Me explico. Para empezar, los servicios más emblemáticos, los bibliotecarios y culturales, nunca dejaron de operar: gran parte de las colecciones bibliográficas se trasladaron al Sistema de Bibliotecas, o a casas de cultura, o a nuestras

filiales, y desde todos esos lugares los libros continuaron circulando y así *La Piloto* pudo seguir funcionando en una especie de maniobra a control remoto.

Lo mismo sucedió con los talleres, en especial los de escritura, que a pesar de los muchos inconvenientes no dejaron de funcionar. Y de manera similar, sin contar con una sala de arte fuimos capaces de realizar casi una docena de exposiciones, gracias a aliados que acogieron y exhibieron nuestros contenidos mientras nosotros no teníamos dónde.

De modo que la enseñanza que nos queda después de los larguísimo meses de diseño y construcción, es esta: una biblioteca es una sumatoria compuesta por sus servicios, el empuje de su equipo de trabajo para prestarlos, y el deseo de una comunidad para no dejarlos extinguir.

Este último factor de esa suerte de ecuación que planteo, resul-



Sala de lectura principal de la sede central BPP. El edificio renovado se entregó a la ciudadanía el 20 de diciembre de 2018. Archivo Comunicaciones BPP.

tó muy importante para *La Piloto*, pues pudimos seguir operando en tanto la gente siguió usando y necesitando a su biblioteca. De ahí que sea importante que Medellín continúe fortaleciendo su proyecto bibliotecario, pues las comunidades ya se acostumbraron a sus bibliotecas, las necesitan y las usan, y las van a seguir visitando. En algunos lugares de la ciudad, a menudo en los más sensibles, las bibliotecas representan no solo aquello que llamamos Estado, sino su versión más cercana, tranquila y amable. Por eso debe defenderse a las bibliotecas: porque otras instituciones no cumplen tantos roles en la sociedad.

Es que en una biblioteca pasan muchas cosas: son lugares de aprendizajes para la vida, de encuentros y, por lo tanto, donde se tejen interacciones sociales; son lugares de recuperación de memo-

ria; son lugares de conversación y entretenimiento, por eso desbordan la dimensión de espacio para libros y adquieren la talla de centros culturales.

Es importante que las bibliotecas se sigan impulsando, construyendo y dotando, como ha ocurrido con la sede central BPP, para la cual la Alcaldía de Medellín destinó alrededor de 15 mil millones de pesos, seis mil para la fase repotenciación de la estructura y nueve mil para la obra de renovación de los espacios internos. En ese sentido la administración de la ciudad obró en consecuencia con el *deber de la responsabilidad* del que tanto escribió José Saramago, que no es otra cosa que ser conscientes de que las acciones y las decisiones políticas tienen la capacidad de incidir positivamente en las personas y sobre sus proyectos de vida.

Decía más arriba que reinau-

gurar *La Piloto* no se trató de abrir una biblioteca. Pero si alguien me insistiera en usar esa frase, yo le propondría reformularla por otra más acertada: reabrimos muchas bibliotecas: la de la Unesco para América Latina, la del edificio de interés patrimonial, la de sus empleados, la de Manuel Mejía Vallejo, la de Luz Posada De Griefff, la de Miguel Escobar. De igual forma, podríamos decir que en la BPP se condensan varias tipologías bibliotecológicas: es pública, es patrimonial, es una biblioteca escolar, es especializada. Aquí viene un niño y resuelve la tarea de tercero elemental, y por la misma puerta entra un investigador a resolver su tesis doctoral. No es broma. En *La Piloto*, eso pasa.

Por eso, porque tenemos muchos tipos de usuarios, para cada uno planeamos, diseñamos y lue-

go dispusimos una silla, una mesa, una estantería, un sillón, una grada, una lámpara, una red de conexión con el resto del Planeta; un espacio que le permitiera a cualquiera estar y resolver sus dudas o iniciar sus búsquedas. Esta es una biblioteca fundada en el siglo XX, pero está llena de los sentidos del siglo XXI.

Veamos: aquí hay lugar para los lectores clásicos, empedernidos, silenciosos y solitarios; para los que leen distinto y encuentran en la narrativa gráfica la forma de avanzar entre páginas, para los que no pasan páginas sino pixeles, para los lectores de prensa de toda la vida, para los niños que apenas están aprendiendo a juntar letras; para los que ya saben escribir, pero quieren aprender a escribir; para los que solo quieren venir a oír a otros, para los artistas que quieren y necesitan mostrar lo que hacen, para



Concierto sinfónico en la Plazoleta Argos durante la jornada de apertura de la sede central, el 20 de diciembre de 2018. Archivo Comunicaciones BPP.

los cinéfilos, para los jugadores de ajedrez, para aquel que solamente necesita un lugar para esperar a alguien, o para la chica que quiere pasar la tarde acompañada por los murales de los maestros Pedro Nel Gómez o Pablo Jaramillo.

Ahora bien, esas múltiples bibliotecas que somos –condensadas en un solo edificio– tienen su origen en épocas anteriores, especialmente en los seis directores que me han precedido, quienes descubrieron desde hace mucho las varias vocaciones que podía tener este lugar. El proyecto patrimonial comenzó hacia 1980, con Juan Luis Mejía Arango. Y los talleres de escritura –el más antiguo tiene 41 años– se hicieron fuertes con Gloria Inés Palomino. Las exposiciones y exhibiciones artísticas pueden rastrearse todavía más atrás en el tiempo, y así hasta retroceder a 1954, al Palacio de Bellas Artes en la Avenida la Playa, donde operó por primera vez la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, con la gran novedad de contar con una sala infantil. Juan José Hoyos la recordó en una bella columna en la que nos dio respuesta a una invitación que le hicimos: “La sala parecía una pequeña guardería llena de libros ilustrados. Allí me llevaba mi her-

mana Lila cuando iba al centro de la ciudad y tenía que hacer alguna diligencia”. Elkin Restrepo también recordó la vieja sede, con algo de nostalgia: “Fue en *La Piloto*, cuando quedaba en la avenida la Playa, donde tuve la oportunidad de leer mi primer gran libro, *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell”.

Los mensajes de respuesta que nos enviaron varios escritores de la ciudad, a quienes les hicimos la invitación de regresar a *La Piloto*, a su casa, nos reafirmaron lo inmersa que está esta biblioteca en los sentimientos de la gente: los recuerdos van desde el antiguo carnet de lector, hasta la conferencia que Jorge Luis Borges, pasando por la conversación interminable de cada miércoles con Manuel Mejía Vallejo. Así que el acto de reapertura de diciembre de 2018 no fue otra cosa que brindar la oportunidad para que cosas similares volvieran a pasar. Porque había muchos que las anhelaban. Para la muestra está Darío Ruiz, amigo cercano de la BPP, que nos escribió cuando lo invitamos: “Vuelvo en verdad a mi casa, y eso me entusiasma, pues sin confesármelo sentía que extrañaba un lugar en la ciudad”.

